

M.^a Ángeles Cabré

A contracorriente

Escritoras a la intemperie del siglo xx

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

© M.^a Ángeles Cabré, 2015

© Editorial Elba, S.L., 2015

Avenida Diagonal, 579

08014 Barcelona

Tel.: 93 415 89 54

editorial@elbaeditorial.com

*A las escritoras que, en un lugar u otro,
a pesar de todo y de todos, no tiran la toalla*

ÍNDICE

- Pioneras de una literatura compartida · 11
- I. Virginia Woolf, el coraje literario · 15
 - II. Isak Dinesen, la fragilidad del junco · 49
 - III. Irène Némirovsky, la observadora atenta · 79
 - IV. Hannah Arendt, el triunfo del espíritu crítico · 107
 - V. Mercè Rodoreda, la voluntad creadora · 139
 - VI. Elsa Morante, la excesiva conciencia · 171
 - VII. Carson McCullers, anatomía del dolor · 201
 - VIII. Alejandra Pizarnik, una poeta en carne viva · 235
- Sugerencias de lectura · 263

Pioneras de una literatura compartida

Hubo un tiempo en que las mujeres no escribían libros. Eso sucedía cuando tampoco los leían, o mejor dicho, cuando tampoco los leían en número suficiente para animarse a engrosar de manera sustancial las bibliotecas, llenas por otro lado de libros y más libros escritos por varones para solaz de lectores curiosos y ávidas lectoras, pues siempre hubo alguna muchachita peligrosamente inclinada a la lectura furtiva (ya fuera en la corte japonesa, a orillas de un río en verano o a la lumbre de una titilante vela), por muchos que fueran los impedimentos que trataban de alejarla de ella.

Así las cosas, la literatura fue durante largos siglos una patria exclusivamente masculina, donde apenas algunas aguerridas damas osaron plantar su bandera. Fueron años oscuros en los que trató de expulsárselas tanto del saber como del espíritu creador, creyéndolas indignas de ambos. Se esperaba de ellas que dieran vida a robustos retoños, mas no que consagraran las horas a alumbrar pinturas sublimes, versos como dardos o exquisitas composiciones musicales. Incluso se hizo lo posible por cercenar su capacidad de transmitir conocimientos, hasta el punto de que en la universidad italiana del siglo XIV una docente, al parecer de singular belleza, debía ocultarse de sus jóvenes discípulos con un tupido velo que la cubría, dicen, de los pies a la cabeza.

En un intento por soslayar la tácita o no tan tácita proscripción, algunas llegaron a parapetarse tras seudónimos varoniles o, en los casos más extremos, a escribir lo que algún caballero firmaba sin reparo alguno, mientras que, tratando de conjurar las malas lenguas, otras se resignaban a ocupar lugares subsidiarios y, por ello, nada susceptibles de infringir las leyes de la competencia. Como dice Margaret Atwood en *La maldición de Eva*: «En aquella época, una mujer escritora era algo marginal, una rareza, una personalidad sospechosa». En esas primeras plumas femeninas, más o menos firmes, más o menos dubitativas, buscaron consuelo las que en los albores del siglo xx, al son de la «democratización» de la lectura, queriendo escribir se lanzaron a cuestionar ya sin posibilidad de retorno las sanciones impuestas a la condición de su sexo, al que aún se insistía en relegar a tareas mucho menos volátiles. De ese camino lleno de espinas, y de algunas de sus historias de superación, doy cuenta en el ensayo *Leer y escribir en femenino*. Una travesía con feliz destino, afortunadamente, pues son hoy muchas tanto las lectoras como las autoras, siendo algunas de las más destacadas aquellas que transitan por estas páginas.

Ocho autoras que tienen en común haber vivido y escrito en el siglo más agitado, no en vano azotado, entre otras, por dos guerras mundiales. Cada una de ellas con una peripecia vital distinta a sus espaldas, con el bagaje de la literatura propia de su lengua, de las lenguas adquiridas y, cómo no, de todas aquellas que la bendita traducción alumbra y propala. De la ensayista Hannah Arendt a la poeta Alejandra Pizarnik, pasando por la tenaz Mercè Rodoreda, catalana en el

exilio a consecuencia del triunfo de la dictadura en España y una de las voces más autorizadas de nuestra literatura «en femenino». De Isak Dinesen (seudónimo de Karen Blixen) a Irène Némirovsky, Elsa Morante y Carson McCullers. Sin olvidar por supuesto a Virginia Woolf, cuya inquebrantable vocación literaria acabaron por fracturar las bombas de la Segunda Guerra Mundial.

Todas ellas fueron protagonistas de vidas intensas, aunque algunas se marcharon demasiado pronto (Némirovsky, de aciaga memoria, murió en el campo de concentración de Auschwitz) y hubo incluso quien se despidió a la francesa, como hicieron Virginia y la joven Pizarnik, quien se suicidó a los treinta y seis años. Por su parte, las enfermedades del cuerpo mantuvieron en vilo a dos de ellas: Isak Dinesen arrastró de por vida una traicionera sífilis y McCullers convivió desde la adolescencia con graves dolencias que le causaron no pocos inconvenientes. En cuanto a la Historia, amén de condenar a Némirovsky a esa infamia que fue el Holocausto y empujar a Woolf a las aguas del río Ouse, expulsó de sus lugares de origen tanto a Arendt como a Rodoreda, quienes se vieron obligadas a reinventarse en nuevos paisajes.

Nacidas en países distintos, las ocho escritoras reunidas aquí por haber destacado literariamente entre las inclemencias de este siglo tan cruel trazan un mapa de geografía física y humana bien variada, en el que además de nuestro humilde terruño, que no obstante ha alumbrado plumas de la talla de Santa Teresa de Jesús o Cervantes, caben países como Dinamarca, Estados Unidos, Alemania, Francia, Reino Unido, Argen-

tina y la vecina Italia. Caben asimismo, por nacimiento, la actual Ucrania y, por destino elegido, la exótica África. Por otro lado, si algo une a estas escritoras de merecida fama es, por encima de todo, estos cuatro elementos: la convicción de que habían sido llamadas para la escritura, haber sabido construir obras perdurables en el tiempo, pertenecer a día de hoy al reducido elenco de los llamados «clásicos modernos» y ser las primeras en codearse con sus colegas escritores en términos de igualdad.

No están todas las que son, pero sí son todas las que están. A su lado, hallamos a otras de idéntica valía que hubieran merecido también estar aquí. La lista es larga y fecunda: Marguerite Yourcenar, Clarice Lispector, Sylvia Plath, María Zambrano, Marguerite Duras, Doris Lessing, Natalia Ginzburg, Susan Sontag, Ingeborg Bachman y muchas más. Todas ellas y nuestras ocho elegidas son, en definitiva, pioneras de esta nueva literatura compartida en la que, para alegría de los y las amantes de los libros, a las miradas masculinas se suman de una vez por todas las femeninas.